

El Rombo

Kakademia, IV

XIII

El Metepatas
no falta jamás
en un Departamento
bien ordenado.
El nuestro
es blancuzco
y cuatro ojos,
y nunca está
donde debe
pero destroza
cualquier equilibrio de tendencias
trabajosamente alcanzado
al llegar tarde y preguntar
lo primero y sin mirar
Qué hay de lo mío.
Todos somos hipócritas
y le tratamos
como a cualquiera
deseando, sin embargo,
que Dios le confunda
o se lo lleve
con nuestros

queridos
enemigos.

XIV

Los cuchillos se afilan
si hay concursos
a la vista
por unas pocas,
miserables, plazas.

Amigos desde siempre
buscan
y encuentran
razones para odiarse,
sobre todo
cuando no hay
juego limpio;
sí, impertérrito lector:
a veces
y no insólitamente
el pescado
está vendido
de antemano
y hasta hiede;
entonces se necesita
valor
para denunciar

la farsa,
pues hasta los magníficos
rectores
se te echarán encima
y exquisitos
colegas
neutrales
dirán
que rompes
la baraja.

XV

Tenía yo
una admiradora
en México,
una profesora;
leía, se me dijo
cuanto yo publicaba.
Mi decano fue de gira
por allí
y ella se congratuló
con él
a mi propósito.
¡Qué va! —dijo el ínclito decano—
Está gagá,
escribe tonterías

y nadie le hace caso.

Cuando otro viajero

le dijo no ser cierto

nada de eso

la profesora

aliviada

me mandó

ánimos y

recuerdos.

¡Para una que tengo

ni sé cómo se llama!

XVI

El punto más alto

(et pour cause)

de mi digamos

trayectoria

iba a alcanzarlo cuando

subido a la cátedra

demasiado elevada,

más bien púlpito,

de aquel malhadado

y feo Paraninfo

por motivos rituales

debía disertar.

Mas el coro arrancose

interponiéndose
con el *Veni Creator*,
y yo
para estar a la altura
de tan insólita circunstancia
—el Santo Espíritu por mi boca—
decidí levitar
subiendo paso a paso,
insensiblemente,
escalón a escalón
un escabel
que había allí por si el orador era bajito,
hasta que mis tobillos
cubiertos por la toga
quedaron casi al borde de la barandilla
y yo a un tris
de romperme
la crisma.
Así levité
a la vista de todos.
Calló el coro,
y me puse a salvo también yo;
operé lentamente,
como correspondía.
Mas comprendí *ipso facto*,

en el mismísimo momento
de tomar tierra
que el espíritu
sólo me había soplado
el muy avaro
palabras insulsas,
cortas, catetas,
cacasenas,
del todo insuficientes
para loar a un grande
como
Pietro Ingrao,
doctor honoris causa.